

Hace unos días, a última hora de la tarde, ya montada la exposición bibliográfica del poeta José Sánchez Rodríguez, me retiré a un rincón de la biblioteca para gozar del espectáculo iluminado de los libros. La soledad y la paz del momento y del ámbito me empujaron a dejarme llevar por cierta ensoñación en la que en un momento determinado me pareció ver al poeta deslizarse por el crucero deleitándose en la contemplación de sus libros: libros de los amigos, de los maestros, de los clásicos, de los jóvenes, libros de cantares, libros de teatro, revistas, tesoros escondidos... Seguramente el poeta en su pasear se alegraba al comprobar que algo

Restos de un naufragio

ANTONIO SÁNCHEZ TRIGUEROS

Catedrático emérito de la Universidad de Granada

se había salvado de aquellos cuatro mil libros que cubrían las paredes de su casita malagueña de la calle Montserrat, que, por más que la intentaron defender sus hijas (sus hijos varones estaban también detenidos) la saquearon repetidamente los mismos que lo condenaron a las prisiones franquistas de Segovia y de la Isla de San Simón; y al hilo de estos

recuerdos dolorosos creí ver que unas lágrimas del poeta, al tiempo que brotaban limpias y lentas, iban difuminando con sus sales los perfiles de su figura, la figura del poeta «triste y melodioso», que dijo Rubén Darío.

Cuando esta visión se desvaneció por completo, otra más real viene a empujarme al centro del crucero para que diga a un públi-

co numeroso y expectante que esta muestra bibliográfica es algo más que una muestra interesante, que esta muestra es la exposición de una herida, una herida que sangró mucho pero que se cerró siguiendo la última voluntad del poeta que en su lecho de muerte dijo a sus allegados: hijos míos, perdón y olvido; el perdón ha sido un mandato que la familia ha cumplido cristianamente en todos estos largos lustros, pero el olvido no ha podido ser más que un deseo, un deseo ferviente, eso sí, cuya realización ha estado impedida por la propia memoria de lo vivido, un deseo que se ha resuelto en llanto, llanto contenido y llanto hacia dentro, porque la herida si bien es verdad que en efecto se

cerró ya que no ha marcado los comportamientos de la familia, también es verdad que ha quedado visible por una marca imborrable, un testimonio de la tragedia, una cicatriz, cicatriz de presencias y también de ausencias, una cicatriz sumergida en un mar de silencios por donde han navegado estos ciento cuarenta y cuatro libros que ahora se exponen y que con los otros setenta, también entregados a la Universidad, componen los restos de un naufragio. Y a esos escasos aunque sólidos restos, que mi familia y yo dejamos en el crucero pero llevaremos siempre en nuestras almas, me aferro para en mi salida y en la vida no resbalarme por las escaleras del edificio.